LAS CADENAS DEL REINO

Begoña Pro Uriarte

La *chanson* de los Infanzones III

TTARTTALO

Para mis amigos Ana y Fernando, Belén y
Roberto, Silvia y Fernando. Gracias.

SANGRE DE MI SANGRE

Principios del año de 1211

Las treguas que el Rey Don Alonso de Castilla havia asentado con el Miramamolin de Africa y España AbuJacob espiraron muy al principio del año de mil doscientos y once, ó a fines del anterior. Y el fin de ellas puso muy apriessa á toda España en armas. Pudiera haver corrido à la forda la tregua y continadose, quanto era de parte de los Moros, según insinuó el Arzobispo. Pero el Rey Don Alonso impaciente del dolor de la rota de Alarcos, y perdidas en los tres años de aquella guerra, cuya memoria mucho le quemaba, apresurò con demasia, y antes de tener hecha la debida prevención á dar por fenecida la tregua, y romper de guerra. El efecto lo dixo presto: aunque al principio halago la dicha a la hostilidad movida en algunas correrias , y pressa, que executaron los Cristianos en las comarcas de Baeza, Andujar, y Jaen. Porque Mahomad, que los Moros llamaron Enacer o el Verde, por el turbante, que usaba quajado de esmeraldas, hijo de Abu Jacob, y sucessor suyo en los reynos de Africa y España, y de edad ya competente para la guerra, viendo que se le volvia esta, se apresto de grande y poderoso exercito, y qual pudiera considerar Don Alonso havia de llamar aquel rompimiento y hostilidad comenzada. Y con todas sus fuerzas cercó a Salvatierra, plaza entonces la de mayor fama, y celebridad de fortaleza en la frontera de los Christianos.

Annales del Reyno de Navarra. Tomo Segundo. José de Moret

FUE LA MANERA EN QUE ELLA pronunció su nombre lo que hizo que todo su cuerpo se estremeciera. Al descubrir su herida, él colocó su mano sobre ella precipitadamente. De inmediato, la sangre empapó su puño, tornando carmesí el ribete de su hermosa gonela de lana verde. El corte que ella presentaba en el vientre era más grande que la mano de él y, aunque apretaba con fuerza, no era suficiente para detener la hemorragia. Pero eso no era ni la mitad de terrible que

escuchar su voz quebrada por el sufrimiento. Cuando ella repitió su nombre, no pudo evitar sentir una gran impotencia. Aprisa, la irguió y sujetó su espalda con firmeza, mirando su rostro con mucho cariño y gran nerviosismo. Respondiendo a su entrega, los ojos vidriosos de ella respondieron con ternura y luego se cerraron, tratando de eludir el dolor que sentía en su abdomen. «¡No! ¡No!», repitió él una y otra vez, acompañando el pensamiento con el contundente meneo de su cabeza. Sin pensárselo, tragándose el orgullo de sus dieciséis años, Diego la cogió en brazos y corrió hacia su casa.

Conforme avanzaba, sus brazos se iban quedando sin fuerzas y sus piernas se mostraban más torpes; lo que le impedía ir tan rápido como hubiera deseado. Se animó pensando que ya estaban cerca y apretó los dientes. «Todo va a salir bien», se dijo. Se detuvo delante de la entrada, recolocó el bulto que soportaban sus brazos y trató de entrar lo más rápidamente posible. «Todo va a salir bien», se repitió mientras intentaba abrir la puerta. Ella estaría bien. Su madre sabría qué hacer. Sus dedos torpes resbalaron por el contorno de la puerta y el empuje que llevaba le hizo hincarse uno de los refuerzos de madera entre los nudillos. No se hirió, pero el golpe fue harto fuerte y arrancó un gesto de dolor en su cara. Nervioso, dio un paso atrás. El rostro de ella estaba pálido y la sangre había cubierto su saya de un irreconocible tono marrón. «¡Maldición!», pensó dando un fuerte empujón con su hombro sobre la puerta.

Al descorrer la gran cortina, la suave luz del atardecer le dio en los ojos. Parpadeó un par de veces para acostumbrarse a la nueva claridad antes de abrir la ventana. Al hacerlo, una fría corriente de aire resbaló por su rostro. La casa llevaba cerrada algunos meses y, aunque alguno de los criados la cuidaba y se encargaba de su mantenimiento, no todas las habitaciones eran oreadas con asiduidad. Cerró los ojos y aspiró con fuerza. Los pasos de Miguel se escucharon por detrás.

La besó en la coronilla suavemente y la encerró en un cálido abrazo de posesión y afecto. Laraine sonrió y se giró sobre sus pies hasta situarse justo enfrente de él.

–Bienvenida de nuevo a Pamplona –le dijo besándola en los labios con un fuerte deseo de tomarla allí mismo.

Laraine se refugió en el calor de su pecho y le dijo algo al oído. Miguel de Grez sonrió y la apretó más contra sí. Su mano recorrió la espalda de ella despacio. Había esperado largos días de incómodo viaje. Era el momento de disfrutar.

–Estaba pensando… –dijo él con una sonrisa enigmática en su rostro y con esa mirada pícara que aún conservaba.

–¿Mmm?

–Si Toda habrá terminado de preparar nuestra alcoba –le susurró, hundiendo su rostro en el cuello níveo de su dama.

Laraine suspiró. Miguel conocía bien ese jadeo y escucharlo le hizo sonreír.

–¿Me vais a hacer esperar mucho? –le urgió Laraine.

–Os puedo asegurar que ya he aguardado demasiado. Ese barco hediondo en el que embarcamos…

–Deberíais haber sido paciente y esperar al que nos ofreció mi primo, pero os empeñasteis en zarpar cuanto antes.

–Habríamos tenido que retrasarnos más de un mes.

–Y vos no queríais perderos la fiesta de Apellido…

Miguel suspiró reprimiendo una carcajada.

–Vos os lo habéis buscado –le dijo cogiéndola en brazos, apresurándose para llevarla a su habitación–. Sabéis muy bien que le prometí a mi hermano que me encargaría de tenerlo todo preparado.

Estaban cerca de la entrada cuando un fuerte golpe hizo detener el paso de Miguel.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó ella con el ceño fruncido al sentir tambalearse las paredes de la entrada.

–¿Toda? ¿Domingo? –llamó Miguel.

Nadie respondió. Los sirvientes estaban preparando las habitaciones y no parecía que hubieran escuchado nada. De mala gana, el de Grez dejó a su esposa en el suelo y se acercó a la entrada. Inmediatamente se sintió un nuevo golpe y la puerta tembló perceptiblemente.

–¿Qué demonios…? –acercó su mano y abrió la puerta. Un peso muerto se le vino encima de repente. Fue tan inesperado que Miguel a punto estuvo de caer hacia atrás. Un movimiento instintivo de su pierna en el último segundo le permitió guardar el equilibrio–. ¡Diego!

Los ojos de padre e hijo se sostuvieron la mirada. La del joven llevaba escrita la súplica en su retina, la del padre se repartía entre la sorpresa y la reprobación. Fue Laraine quien tomó la iniciativa al percibir el estado de la joven que su hijo llevaba en brazos. La siciliana se acercó a ella y tomó su mano tratando de percibir su pulso.

–Llevadla a la sala pequeña –dijo con determinación. La orden no era para su hijo, sino para su esposo, cuya expresión se había endurecido hasta provocarle un rictus de furia.

Diego dejó que su padre tomara en brazos a Dulce, intentando aguantar el peso de su mirada sin desmayarse. El joven apretó los labios y tragó fuertemente la poca saliva que su boca reseca había fabricado. Bajó la mirada al suelo y después buscó el apoyo de su madre.

–Encuentra a Domingo –le indicó ella cuando Miguel ya había desaparecido con la herida–. Dile que traiga a Oria del burgo de San Nicolás. Y avisa a Toda para que ponga agua a hervir y prepare trapos limpios; los necesitaremos. Luego baja y lávate un poco.

Mientras veía marcharse a Diego, Laraine presionó fuertemente sus sienes con los dedos índice y pulgar de su mano izquierda. Dejó pasar unos instantes antes de proceder. No porque no supiera qué hacer ni cómo. Simplemente, quería darles tiempo a Miguel y a su hijo.

Cuando entró en la sala pequeña, su esposo había avivado ya el fuego de la chimenea y un agradable calor se extendía por la estancia. Estaba al lado de Dulce, a la que había situado en un sillón largo y comprobaba su herida.

–¿Es grave? –preguntó él. No se lo parecía, pero quería saber la opinión de su esposa.

Laraine se acercó con cautela. La herida era larga, aunque no demasiado profunda. Arrancaba debajo del ombligo, justo por encima de su vello púbico, y marchaba en horizontal hasta la ingle derecha. Parecía reciente a juzgar por el tono rojo fuerte de la sangre y su aspecto. La dama no dijo nada. Nunca hacía valoraciones sin haber examinado correctamente todos los matices, y mucho menos delante de los heridos o enfermos, pero Miguel sabía interpretar su mirada. Y sus profundos ojos oscuros decían que Dulce se pondría bien.

El infanzón se retiró hacia la chimenea, dejando espacio para que su esposa trabajara. Toda acababa de llegar con el agua y los paños. Laraine sumergió el primero de ellos en el agua hervida ayudándose de un palo largo. Luego lo sacó y se frotó las manos antes de proceder a lavar la herida de Dulce. Esta se quejó débilmente al sentir el primer contacto y gimoteó durante el resto del tiempo.

–¿Está la habitación pequeña de la esquina preparada? –le preguntó a Toda. La sirvienta asintió dos veces–. Abre la cama ¿quieres? –Toda se retiró sin decir palabra. La siciliana se volvió entonces hacia Dulce y le habló con voz queda–. *Dazohonnihi inthi vastima daxtas kratheheihi inthi ardannoa poxxonnihi a imarnaihi*[1].

Miguel escuchó en silencio. Su mano izquierda estaba apoyada en el alféizar de la chimenea y sus ojos seguían la danza endemoniada de las llamas.

–¿Querríais subir a Dulce a la habitación? –dijo un rato después.

Miguel apartó los ojos del fuego y suspiró. Laraine percibía que estaba enfadado con Diego por desobedecerle. Pero ambos sabían

---

[1] El mesapio fue un idioma hablado en la parte sureste de Italia, conocida hoy como Apulia, entre los siglos VIII a.C. y I a.C. Estas son algunas de las palabras en mesapio que han llegado hasta nuestros días. Se desconoce su significado, pero ahí quedan como testimonio del idioma del que Laraine era depositaria. http://www.oocities.org/linguaeimperii/Balkanic/messapic_es.html

que ese tema tendría que esperar. El de Grez tomó a la joven con sumo cuidado y la subió a la alcoba. Parecía a punto de quebrarse. Los rasgos de su rostro, sencillos y agradables, hacían honor a su nombre. Tenía la nariz pequeña y los pómulos suaves. Sus pestañas largas y rizadas escondían unos ojos azules que en ese momento no se veían. Era hermosa. En eso tenía que alabar el gusto de su hijo. «Pero, por el amor de Dios –pensó–, Diego solo tiene dieciséis años y Dulce es unos meses menor que él y además, Dulce…». Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso por el momento. Primero tenía que saber qué había sucedido. Con toda la suavidad que pudo, depositó el cuerpo frágil de la muchacha sobre la cama recién preparada. Cuando se volvió, Oria estaba justo en la entrada. La miró sorprendido de verla allí, aunque por el modo en que Laraine la saludó se dio cuenta de que había sido su esposa la que la había mandado llamar. Le extrañó. La herida de la joven no parecía demasiado grave y Laraine se había manejado bien y con rapidez para atenderla. No creía que necesitara de su ayuda. Estaba cavilando cuando se percató de que las dos mujeres lo miraban y Miguel entendió. Debía irse.

–Esperaré abajo… –dijo señalando la puerta algo confuso.

Laraine aguardó hasta escuchar las zancadas de Miguel sobre las escaleras y transmitió a la curandera la escasa información que poseía respecto a la herida. Con su ojo experto, Oria comprobó la efectividad y el más que correcto tratamiento de la lesión. Miró a Laraine y movió su cabeza en un gesto aprobatorio.

–Me gustaría que me ayudaras a desvestirla –le pidió Laraine.

Oria asintió. Para entonces, ya tenía claro por qué le había hecho ir la siciliana.

Magdalena estiró de la manga de su padre con insistencia. La cena había transcurrido en un largo episodio de tenso silencio en el que Miguel no había apartado la mirada de su plato. Y eso no era

bueno, pensaba Diego con acierto. Su padre rara vez guardaba silencio durante tanto tiempo. Tampoco era de levantar la voz y ponerse furioso, pero cuando tenía que decir algo… lo decía con meridiana claridad. Magdalena volvió a tirar del brazo de su padre.

–¿Cuándo llegarán los primos? –quiso saber.

Con el incidente, la fiesta había pasado a un segundo plano para el infanzón.

–Pasado mañana –contestó Laraine, añadiendo una sonrisa a su respuesta–. Ahora quiero que vayáis a dormir. Los tres.

Isabel, Magdalena y Etienne protestaron y trataron por todos los medios de eludir la orden, pero Laraine fue inflexible, así que no les quedó más remedio que obedecer. Uno a uno dieron las buenas noches a su padre y subieron a su habitación. Laraine tocó el brazo de su esposo con suavidad.

–Deberías hablar ya con él –le susurró despacio–. Está a punto de sufrir un vahído.

Miguel se perdió en aquellos ojos oscuros.

–Se lo merecería, ¿no creéis?

–Creo que deberíais escucharlo antes de juzgar.

–Me ha desobedecido –dijo entre dientes, demostrando su decepción.

–Quizá tenga sus motivos.

–Tendrá sus razones, pero ninguna le servirá para eludir su merecido castigo.

–Sean buenas o malas razones, tendréis que escucharlas.

Laraine apretó suavemente el antebrazo de su esposo antes de separarse de él.

–Buenas noches, hijo –se despidió de Diego antes de cerrar la puerta con sumo cuidado.

El cuerpo del joven se tensó y sus manos comenzaron a temblar. La mancha reseca de su puño le decía que había hecho bien, pero el

peso de la mirada de su padre le recordaba su doble desobediencia. Miguel se demoró, sirviéndose un poco de vino. Depositó la jarra sobre la mesa y el sonido que hizo, aunque inapreciable, fue como un clavo en mitad del tímpano para Diego.

–Acércate –le invitó el de Grez.

Diego se sentó frente a su padre. Su progenitor estaba siendo demasiado condescendiente y él deseaba enfrentar cuanto antes su castigo y preguntar por ella. Nadie le había dicho nada de su estado. Ni siquiera su madre, aunque le había mirado con súplica y resignación durante la cena.

–Has desobedecido mi orden doblemente –su voz sonaba tranquila pero Diego, que lo conocía bien, apreció la decepción y furia que escondía–. Te dije que cuidaras de tus hermanos mientras nos instalábamos y lo único que se te ocurrió fue salir corriendo para buscar a esa… a esa… a quien te había dicho que no vieras.

–¡Se llama Dulce! –la contestación le salió rápida, sin pensar. La mirada de su padre le recordó cuál era su sitio.

–Me da igual cómo se llame. Tu deber era estar junto a tus hermanos. ¿Y si les hubiera pasado algo a ellos? –hubo una pausa tensa tras la pregunta–. ¿Por qué? ¿Por qué los dejaste y saliste en pos de ella? Podías haber esperado…

–Estaban aquí, en el feudo de los Almoravid. Vos siempre decís que a un Almoravid no le puede suceder nada malo mientras está aquí, porque aquí está nuestro corazón. Además estabais madre y vos. ¿No comprendéis? Tenía que ir para saber si estaba bien. Había pasado mucho tiempo desde nuestra partida y sabéis cómo se comporta su padre con ella. La última vez estuvo a punto de perder la vista de un ojo por un golpe que recibió en la cabeza. Madre me lo dijo –Miguel lo observó con atención preguntándose hasta dónde estaría implicada Laraine en las visitas furtivas que su hijo hacía a Dulce–. Y si no hubiera ido… si no hubiera ido a buscar a Dulce… Ella ahora… ahora estaría muerta.

–No estoy hablando de eso ahora, Diego. Estoy diciendo que me desobedeciste a propósito y que dejaste a tus hermanos desatendidos. Al menos podías haber avisado de tu salida.

–Me hubierais preguntado adónde iba.

Miguel se levantó de un salto. La mandíbula de su hijo comenzó a temblar e instintivamente se llevó la mano al puño manchado de sangre.

–Así que tu desobediencia fue hecha a conciencia y con alevosía.

–Sé que hice mal al desobedeceros –contestó Diego poniéndose de pie despacio–, pero no me arrepiento de haberlo hecho.

Bajó los ojos al decirlo y se llevó la mano al labio inferior repitiendo el mismo gesto que hacía Miguel cuando era pequeño.

–No dirás lo mismo cuando lleves largo rato colgado de tus brazos –le dijo cogiéndolo por el sobaco y sacándolo de la casa hacia los establos. Diego se dejó llevar arrastrando sus pies. Una vez allí, sin decir nada, ofreció las manos a su padre.

Miguel se pasó el tiempo que duró el castigo andando por el patio. Estaba enfadado y furioso y no conseguía aclarar cómo había llegado a suceder todo. Pensaba que le había dejado suficientemente claro a su hijo que no debía mezclarse con Dulce. Y estaba convencido de que los meses que habían pasado en Brindisi le habían hecho olvidarse de ella, pero parecía que no era así.

Laraine se asomó a la ventana. Un pequeño haz de luz proveniente del establo le permitió ver a su esposo deambulando por el patio. Llevaba los puños apretados y eso significaba que Miguel todavía seguía enojado. Esperaba que no fuera demasiado duro con su hijo. No era el infanzón dado a infringir castigos corporales, seguramente porque él ya había padecido los suficientes cuando era pequeño, pero esa vez parecía realmente airado. «Por si acaso –se dijo–, prepararé algunas infusiones y telas».

Miguel dejó de caminar y se acercó a su hijo que colgaba de una de las vigas del techo como si fuera un embutido. Tenía la cabeza gacha, encajada en el hueco de sus hombros. Cuando lo soltó, se dejó caer en el suelo sin demasiados ánimos para sostenerse. Al tratar de enderezarse sintió un crujido en su espalda. Una mueca de dolor atravesó su rostro. No dijo nada, pero se preguntó si su padre se daría por satisfecho. El infanzón se movió con rapidez y buscó su espada. Diego torció el gesto; al parecer, no se iba a conformar con el castigo. El joven vio cómo el arma de su padre se movía con rapidez delante de sus ojos. Tenía mucho aprecio a esa espada, su primera espada, a la que trataba con una deferencia especial, como si tuviera vida y personalidad propias. Se llamaba «*Fidelis*».

–¡Levanta! –oyó que le decía.

A duras penas logró ponerse en pie. No sentía las manos, ni las muñecas, ni los hombros. O mejor dicho, los sentía demasiado bien, aunque no pudiera moverlos.

–¡Elige arma!

Diego tenía el cuerpo delgado y los ojos de su madre. Su pelo oscuro y sus facciones eran semejantes a las de los Almoravid, aunque genéticamente nada tuviera que ver con ellos. Pero si nadie lo sabía, encajaba perfectamente con las señas de su apellido de adopción. Tomó una de las armas corteses, pero su padre negó con la cabeza señalándole hacia donde se guardaban las armas blancas. Diego enarcó sus cejas. Su padre debía estar enfadado de verdad si le hacía luchar contra él con un arma de filo afilado. El entumecimiento de su mano le dificultó el asir la espada. El primer estoque de su padre lo pilló con la guardia baja y tuvo que saltar hacia atrás. Diego no tenía ganas ni fuerzas para enfrentarse a su padre. El infanzón era fuerte y se conservaba en plena forma a pesar de estar a punto de cumplir cuarenta y cuatro años. En esos momentos, su hijo, no era rival para él. Se defendió como pudo durante los primeros instantes, pero Miguel era en esos momentos más rápido y más ágil que él. Eso sin contar la

furia que le hacía moverse como un huracán desatado. Tardó en darse por satisfecho y no lo hizo hasta que la hoja afilada de su vieja espada rozó el joven cuello de su primogénito. «*Ad usque fidelis*», Diego distinguió con claridad las palabras que adornaban la empuñadura de aquella arma. Cerró los ojos. La sien le quemaba por el codazo recibido en uno de los lances. Sin moverse, salvo por el rápido respirar que hacía que su pecho subiera y bajara con celeridad, esperó su sentencia. Miguel retiró despacio la espada del cuerpo de su hijo, lo rodeó y apretó la mandíbula. Le golpeó con el pomo en el hombro y Diego cayó sobre el duro suelo.

–Recoge todo y ven a la sala pequeña.

«¿Aún no ha terminado conmigo?», se preguntó dolorido y humillado. Un ligero hilillo de sangre escurría de su nariz. Se limpió con la manga y, en el puño su sangre se juntó con la de Dulce. Se acercó cojeando, su pelo pegado a la frente por el sudor. Estaba vencido. ¿Qué más quería su padre?

–Siéntate –lo invitó el infanzón.

Diego se dejó caer en la silla.

–Bebe –le dijo sin rencor.

Con mano temblorosa, el joven acercó su brazo hacia el vaso que se le ofrecía. El vino le templó un poco el ánimo, aunque tuvo dificultades para tragar.

–Bebe más –le insistió su padre.

Sin mirarlo, apuró todo el vaso. Miguel lo rellenó.

–¿Te sientes mejor?

Asintió.

–¿Tienes algo que decir en tu defensa?

–Siento haberos desobedecido, pero…

Miguel levantó el brazo haciendo que se detuviera ahí. Su hijo bajó la vista.

–No dudo de tus buenas intenciones, hijo; pero debes entender que Dulce no es asunto tuyo y cuanto antes lo asumas menos doloroso será para ti.

–¿Y dejarla morir? No creo que ella deba pagar porque su madre no haya sido una dama, ni una mujer noble. No entiendo por qué a vos os importa tanto.

Diego detuvo su discurso. Sabía mejor que nadie que eso para su padre carecía de importancia. Él mismo tenía unos orígenes humildes y nunca lo había ocultado. Y, además, sabía de sus esfuerzos para sacar adelante la hermandad de infanzones que debería velar por los derechos de todos los navarros. Miró a su padre. Sabía que había traspasado los límites y se arrepentía.

–Lo siento, *aita*, no quería disgustaros. Pero me tratáis como si aún fuera un niño –«y lo eres», pensó su padre–. Siempre estáis pendiente de lo que hago y no hago. Siempre corrigiéndome y agobiándome con lo que debo o no debo hacer. En cambio a Roland le permitís estar entre Brindisi y Nápoles con el tío Alejandro.

–Tú eres mi primogénito –le recordó el de Grez.

–Pero solo por unos instantes.

El infanzón miró a su hijo. Había heredado una carga grande de testarudez y en eso él mismo tenía parte de culpa. Sabía que sus intenciones eran buenas, aunque su forma de llevar el asunto de Dulce no era el correcto. Un asunto demasiado delicado para un joven de dieciséis años.

–Esos instantes te convierten en lo que eres.

–¿Y qué soy, según vos? –al decirlo, había elevado la voz demasiado y pronto se arrepintió. Se volvió a disculpar ante su padre.

–Eres Diego Migueleiz Almoravid; no lo olvides porque yo no lo haré –sus palabras sonaron contundentes, pero suaves–. Está bien. Creo que es suficiente por hoy. Prométeme al menos que la próxima vez consultarás conmigo antes de tomar la iniciativa.

–Lo haré.

Miguel asintió en silencio, aunque no estaba demasiado seguro de que su hijo fuera a cumplir su palabra.

–Puedes retirarte. Y haz que tu madre te vea esas contusiones.

–*Aita*… ¿puedo ver a Dulce?

–Ve. Te estará esperando.

Diego salió de la sala lo más deprisa que pudo. Cojeaba. Miguel se quedó quieto. Un atisbo de preocupación se asomaba en sus ojos fijos en el fuego de la chimenea.

Dulce abrió los ojos al sentir su mano sobre la mejilla y le sonrió con cautela. Estaba dolorida, pero su compañía fortaleció su temple.

–¿Cómo os encontráis?

–Contenta de estar aquí. Y agradecida de tu más que oportuna aparición.

–Aquí estáis a salvo. Él no os podrá tocar.

Dulce apartó la vista durante unos instantes. Estaba confusa. El ataque que había sufrido… No estaba segura… No recordaba bien lo sucedido. Volvió a mirar a Diego y se sintió mejor. Alzó su mano y recorrió aquel rostro que presentaba las huellas de la pequeña batalla con su padre. Sin fuerzas, dejó caer su mano y él la apretó con delicadeza, pero a la vez con solidez.

–Yo os cuidaré –le prometió. Dulce lo miró con aprecio–. Ahora debéis descansar –se despidió dándole un beso en la frente. Sopló la vela y la habitación se quedó en tinieblas.

Laraine encontró a Miguel prácticamente igual a como lo había dejado su hijo. Su vieja espada descansaba muy cerca de su mano derecha. Con la izquierda meneaba la copa de vino ya vacía. Su esposa se acercó despacio. Acababa de examinar los golpes de su hijo. Nada que no se fuera a curar en unos días. Miguel elevó la mirada al notar su presencia y le hizo un gesto para que compartiera con él el asiento.

–¿No subís? –se interesó ella.

–Acabo de mandar a Domingo a avisar a Alvar de que su hija está aquí.

–¿Pensáis que vendrá? –le preguntó mirando directamente a su espada.

–No lo dudo.

–¿Y será necesario que la uséis?

–Eso dependerá de cuánto vino haya ingerido esta noche y de lo razonable que quiera ser.

–Entonces será mejor que vos tampoco bebáis más.

La dama tomó la copa de vino de la mano izquierda de su esposo y la cambió por su propia mano. Miguel se la llevó a los labios y la besó.

–¿Creéis que hice bien en separarlos?

Laraine lo miró a los ojos. No había sido fácil para ella dejar a Roland con su primo Alejandro hacía ya cuatro años. Y si no había sido fácil para ella, menos para Diego.

–Cada uno tiene su personalidad y debe desarrollarla al margen de su hermano. Tienen la suficiente edad para que cada uno labre su propio futuro.

–Creo que durante estos años ha sido más difícil para Diego que para Roland y que Diego tenía esperanzas de que su hermano volviera con nosotros tras este viaje.

Laraine asintió. Ella también lo creía. Su primogénito se apoyaba mucho en su gemelo. A veces incluso había temido que el carácter de Roland pudiera llegar a eclipsar a Diego. Por eso sabía que la decisión de separarlos había sido acertada. Diego debía aprender a ser él mismo al margen de su hermano y Roland debía tener claro que ser el segundo por unos instantes no le iba a privar de su propio futuro. Pero eso no significaba que fuera fácil para ninguno de ellos. Un golpe en la puerta detuvo la conversación de ambos.

–Será mejor que subáis –le pidió con calma a su esposa mientras se apresuraba a tomar su espada y guardarla en el cinto.

Laraine se levantó despacio y posó su mano sobre el hombro de Miguel antes de irse.

–Os espero arriba.

Miguel contuvo en la puerta de entrada la furia de don Alvar Martínez. El de Grez estaba prevenido y, aunque su empujón intentó ser contundente, Miguel no se movió de su sitio.

–¡Devolvedme a mi hija!

Sus palabras retumbaron por toda la casa. Diego se escabulló de su cuarto y corrió hacia el de la joven. Su entrada provocó un sobresalto en Dulce, sofocado por las palabras tranquilas que el muchacho le dirigió.

–Vuestra hija está herida y no puede moverse –la respuesta pausada de Miguel no trascendió–. Mañana yo mismo os la llevaré a vuestra casa. Tenéis mi palabra Almoravid. Pero ahora debe descansar.

–¡Nada me impedirá llevármela!

–Os aseguro que está bien y que mañana la tendréis en vuestra casa, pero ahora duerme –le aseguró.

Alvar no estaba conforme. Pidió explicaciones y aseguró que él nada tenía que ver con las posibles heridas de su hija, que a saber si eran ciertas, y acusó a Diego de haber sido él quien se las había provocado. Don Alvar sacó su espada para tratar de convencer con los hechos a Miguel, pero su mandoble voló por el aire sin consecuencias hasta dar con espada y hombre en el suelo, demasiado borracho para sostenerse en pie. Miguel lo ayudó a levantarse.

–¡No necesito vuestra ayuda! –dijo tratando de reivindicarse.

–Os acompañaré a vuestra casa y mañana hablaremos tranquilamente.

La fuerza de Miguel pudo con la resistencia de Alvar. El de Grez lo acompañó hasta su casa y lo dejó en manos de su criado, no sin antes recibir sus amenazas.

–Os acusaré a los dos de herir a mi hija y de secuestrarla –le desafió.

Miguel apretó los labios y regresó a su casa. Tenía ganas de meterse en la cama. Al llegar de nuevo al hogar de los Almoravid respiró profundamente el aroma de los suyos. Los recuerdos de su juventud, de su hermano García, de sus tíos, de su padre adoptivo, de sus mejores años, de todo lo que allí había aprendido… todos tan vívidos en aquel ambiente. Se sintió bien a pesar del pequeño incidente. Antes de entrar en su alcoba se aseguró de que sus hijos dormían y de que Dulce estaba bien. Miguel dejó la vela encima de la pequeña mesita y se desnudó. Dos cálidas manos se deslizaron por su espalda. Inspiró profundamente cerrando los ojos.

–¿Todo va bien?

–Todo bien –le aseguró él.

Laraine le dio un beso en el cuello y se tumbó en la cama. Miguel carraspeó.

–No podéis retiraros ahora que habéis iniciado el asedio.

–Pensaba que estabais cansado.

–Prometo no resistirme mucho.

–No habrá clemencia. Mejor haríais en idear una retirada a tiempo.

–Nunca.

Isabel y Magdalena miraban continuamente por la ventana. Laraine estaba dispuesta a darles su clase habitual a pesar de que comprendía el nerviosismo de las muchachas.

–Nadie vendrá hasta mañana –les recordó. Etienne parecía más concentrado, pero era únicamente porque a él no le hacía demasiada

ilusión aquella fiesta de Apellido–. Si prestáis más atención prometo que la clase de hoy será más corta. Y ahora quiero que me digáis cómo se llama este lugar –dijo señalando un mapa.

–Yo lo sé –se animó Magdalena–. Eso es Nápoles; donde nuestro padre casi se ahoga. Eso nos contó mamá ayer.

La puerta se abrió de repente y Miguel entró en la sala. Isabel no pudo evitar reírse y Magdalena se puso colorada. El de Grez miró a su esposa.

–¿Eso es lo que enseñáis a mis hijos? –le reprendió amistosamente–. Ahora me explico muchas cosas.

Laraine le sonrió y acudió hacia la entrada.

–¿Os vais ya?

Miguel asintió.

–Si fuera por mí…

–Sí, lo sé. Pero Dulce debe volver con su padre. Haré que prometa que la cuidará bien y, si no, le amenazaré con elevar una queja al rey. Espero que este anillo aún sirva para intimidar un poco –dijo señalando el aro de oro que llevaba en su dedo índice de la mano izquierda, con el que hacía muchos años el infante Sancho, actual rey de Navarra, había tenido a bien obsequiarle.

–No lo decís demasiado convencido.

–No sé si funcionará con don Alvar, pero al menos hará que Diego se quede más tranquilo.

–Tened cuidado.

–Y vos. No quiero que me deshonréis ante mis vástagos.

–Sabéis muy bien que vuestros hijos os tienen en muy alta estima.

Miguel se despidió con un beso.

–Obedeced a vuestra madre –les dijo a sus hijos pequeños antes de marcharse.

Diego miró a su padre con cierta súplica, pero no dijo nada. Dulce se veía pálida y un gesto de resignación presidía su rostro. Se aferró a la mano del joven. Sentía miedo no solo por su padre sino porque no estaba muy segura de lo que había ocurrido la tarde anterior. Había sentido un fuerte golpe en la espalda cuando regresaba de lavar del río. Apenas tuvo tiempo de defenderse cuando aquella sombra se le echó encima. Solo recordaba el brillo de un acero, un repentino dolor en su vientre y la oportuna aparición de Diego.

El joven le tendió una capa y Dulce se abrigó con ella. Se sentía un poco mareada, pero tenía que ser fuerte. Bajo la protección de Diego y la sombra de Miguel, que acababa de tomar las riendas del carro, era fácil mostrarse valiente, pero no estaba muy segura de lo que ocurriría al llegar a su casa.

Su padre se mostró comedido dentro de su enojo. Cuando vio la herida de su hija, su cara se demudó un poco y guardó silencio hasta que Dulce estuvo instalada en su habitación. Incluso parecía un padre preocupado. Sin embargo, cuando la joven ya no estuvo a la vista, cargó directamente contra Diego. Miguel tuvo que colocarse entre los dos para parapetar a su hijo. Con un decisivo movimiento de su brazo detuvo el puño de don Alvar. Su pulso temblaba, como apreció el de Grez. Al parecer tenía más dependencia de la bebida de lo que había supuesto. Quizá, sin aquella sumisión al alcohol, sería una buena persona, pero no lo era.

–Os he traído a vuestra hija, tal y como prometí. No hagáis que me arrepienta.

–Es mi hija y tengo la patria potestad sobre ella –dijo con cierto sarcasmo.

–Eso no os da derecho a maltratarla –Diego no pudo callarse.

–Lo que yo haga o deje de hacer no es de vuestra incumbencia –le contestó creciéndose por momentos.

Miguel tuvo que mediar. No fue fácil contener a don Alvar. El infanzón envió a su hijo afuera para poder hablar a solas con el caballero.

–Haré valer mi potestad. Podéis estar seguro de que esta intromisión no quedará así.

–Procurad que vuestra hija esté bien atendida –le dijo Miguel señalándole con el dedo índice de su mano izquierda y asegurándose de que el pequeño rubí de su anillo captaba la mirada de su interlocutor.

El infanzón salió a la calle y se puso sus guantes.

–Vamos –le conminó a su hijo apoyando su brazo sobre sus hombros.

Diego miró hacia atrás. Estaba preocupado. El de Grez procuró tener a su hijo ocupado y vigilado durante el resto del día. No quería que surgieran problemas para los Almoravid durante la fiesta de Apellido.

Laraine dejó que Toda ajustara el encordado de la saya en su costado. Todos los invitados estaban ya en la casa a excepción de don Iñigo. Pero Iñigo siempre era el último en llegar. La dama se puso de pie y la sirvienta le acercó el brial de terciopelo azul que se había traído de Brindisi. Sus aberturas dejaban al descubierto la hermosa camisa bordada con seda, unos tonos más claros que el del terciopelo. Su atuendo seguía la moda gótica de comienzos del siglo XIII. Estaba elegante. Toda la ayudó con el tocado, al que había unido un pequeño velo de seda que colgaba graciosamente por su cuello. Estaba preparada para una gran velada Almoravid.

Había bullicio en la casa. No estaban don Fortún, ni doña Teresa, ambos muertos hacía tiempo. Pero sí sus hijos, con García al frente, ahora seña de identidad de la primera de las familias de ricoshombres del reino. Y también sus tíos y sus primos. El alboroto creció, lo que indicó a la dama que Iñigo debía de haber aparecido ya.

–Laraine –la llamó su esposo. Miguel la observó mientras se giraba y no pudo evitar sonreír–. Siempre tan elegante –le dijo con

cierto orgullo transmitido en la entonación de sus palabras–. Mi tío ya está aquí.

Todos se arremolinaron como pudieron en el patio para saludar a Iñigo. El Almoravid descendió despacio de su caballo de raza árabe. En parte, porque hacía mucho que había dejado de ser un joven ágil y expedito y, en parte, porque quería cargar de cierta ceremonia su llegada. Una vez en el suelo, todos vieron con claridad el bulto delgado y cabizbajo que quedó sobre su montura. Iñigo tendió su mano gentilmente para que la niña descabalgara. Lo hizo tímidamente y, en cuanto tocó el suelo, se escondió tras la figura del Almoravid. Casi nadie tuvo tiempo de contemplar sus rasgos, ni su rostro de niña escondido bajo una capucha; aunque todos lo intentaron. El silencio se hizo hueco de repente en el viejo patio. De todas las apariciones de Iñigo, esa, sin duda, había sido la que más expectación había levantado. Había dejado sin habla a toda la familia.

García se acercó a su tío y lo abrazó.

–Sed bienvenido, tío –bastó ese gesto para que el ambiente se relajase y todos los presentes se acercaran–. Y esta pequeña dama que os acompaña es…

–Se llama Clemencia.

–Bienvenida, Clemencia –le dijo García tratando de tomar su mano. Sin embargo, la muchacha se escondió aún más, ocultándose en la espalda de Iñigo.

–No puede hablar, ni oír –le confesó su tío.

García comprendió y asintió despacio.

–Necesitaréis descansar. Será mejor que vos mismo la acompañéis a vuestros aposentos y la instaléis allí hasta que os recoloquemos a vos. No contábamos con esta pequeña… sorpresa.

El jefe del clan Almoravid lo miró interrogativamente pero sabía que su curiosidad, así como la de toda la familia, debería aguardar hasta que Iñigo considerara oportuno desvelar la identidad de aquella inesperada huésped.